LA ESTELA DEL "BOUNTY"

*Mario Barros Van Buren**

Historia de una leyenda

En abril del presente año se cumplieron dos siglos desde la fecha de uno de los episodios más dramáticos en la historia de la armada británica, que trascendió, directa o indirectamente, por sus efectos e interpretaciones, a las demás armadas del mundo: el motín del HMS *Bounty*.

Se dijo entonces —y se repite aún hoy— que esta célebre sublevación fue la protesta incontenible de un grupo de hombres vejados y escarnecidos, contra la disciplina de hierro que imperaba en los buques de guerra europeos en los siglos XV y XVI. Esta disciplina, se decía, había sido llevada al más alto grado de crueldad por un capitán inflexible, cuyo desprecio por la condición humana había quedado de manifiesto en la Corte Marcial que conoció del caso. Se ha añadido, además, que a partir de la sublevación del *Bounty* tanto el Almirantazgo inglés como otras autoridades navales del mundo occidental habían iniciado una revisión cuidadosa del trato disciplinario a bordo de sus barcos; en este sentido, la figura del jefe de los sublevados y segundo comandante del *Bounty*, Fletcher Christian, aparecería como el adalid de una nueva escuela de conducta, más humana y más tolerable. El capitán del *Bounty* sería, así, el último representante de una casta de jefes despiadados que, por sus métodos brutales, había empujado a sus hombres a la desesperación.

Sobre estos conceptos se ha montado, a lo largo de 200 años, una leyenda maniquea, en que el motín del *Bounty* aparece como el teatro de una crisis naval, en que los buenos triunfan sobre los malos y la libertad contra la tiranía. Dos novelas de gran éxito y tres versiones cinematográficas sobre el tema[1] ratificaron, ante un mundo sensibilizado por la alternativa del bien y del mal, esta versión de los hechos. Sin embargo, como suele ocurrir con todo episodio histórico, máxime si se trata de uno en que la documentación emana de una sola de las partes, las cosas no acontecieron en una forma tan simple y el mal y el bien no se enfrentaron con tanta nitidez, aquella mañana de abril de 1789.

El episodio del *Bounty*, si se miran las cosas con seriedad, no pasó de ser, en su tiempo, una anécdota dramática. Veinte años después nadie la recordaba. Motines de este tipo se repetían con mucha frecuencia en todas las naves del mundo. Tan sólo en ocho expediciones españolas a las costas del Pacífico, entre 1650 y 1700, se registran doce motines de trascendencia, con sanciones ejemplares que van desde la horca al abandono en playas desiertas. Como veremos más adelante, el propio comandante del *Bounty* debió encarar en su larga carrera otros dos motines de grandes proporciones.

---

* Abogado y Diplomático. Actual Embajador de Chile ante los Gobiernos de Nueva Zelanda, Fiji, Samoa, Tonga y Tuvalu. Miembro de la Academia Chilena de Historia.

[1] La versión cinematográfica protagonizada por los actores Charles Laughton, Clark Gable y Franchot Tone, basada en la obra de Nordhoff, ha llegado a ser un clásico del cine mundial. Pese a ello es la menos histórica de las que se han hecho y sólo ha respetado las líneas principales del episodio, con numerosas concesiones anacrónicas, de rara ingenuidad. Todas estas versiones se han basado en las excelentes novelas históricas: *El motín del "Bounty"*, de Charles Nordhoff, y *Hombres contra el mar*, de James Normann Hall.

Esto se explica por las duras condiciones de la navegación de esos años, la rudeza de las costumbres, la extracción heterogénea de las tripulaciones y la concepción casi física que se tenía de la disciplina.

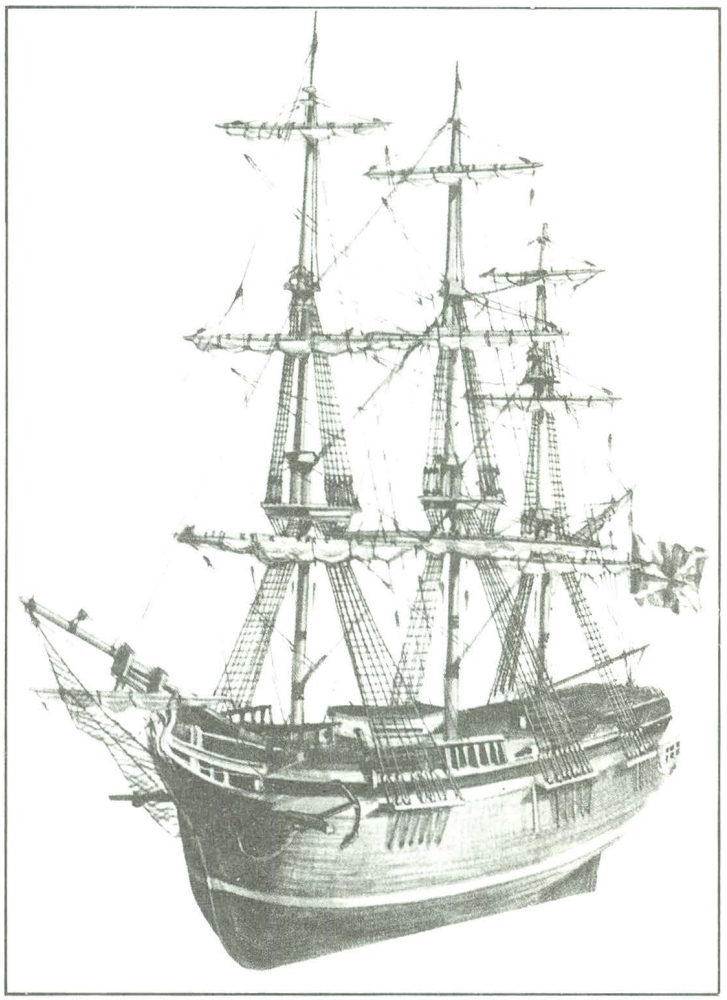
Pero el caso del *Bounty* escapó a estas normas, en parte porque la documentación de la Corte Marcial que conoció del proceso se conserva íntegra y en parte porque el fallo que lo siguió despertó una airada polémica en la opinión pública inglesa, no por lo que había ocurrido a bordo, sino por la discriminación de que se acusaba a la Corona al otorgar los indultos. A lo anterior debe añadirse el misterio que rodeó a los sublevados, fugitivos desde 1789 hasta 1808.

Al recordarse los 200 años de este episodio se han multiplicado los artículos, libros y celebraciones del "bicentenario" en todas las naciones que se sienten partícipes del caso. Una réplica del *Bounty* ha sido construida en Australia. En Tonga, Fiji y Tahiti se han organizado festividades y seminarios.

El célebre motín se nos viene a la memoria y lo estudiamos en estas páginas, más como un intento de objetividad histórica que porque represente un hito en la epopeya naval. Veamos, entonces, cómo los hechos se separan de la leyenda.

La ruta del pan

El *Bounty* no era un buque de guerra, propiamente dicho. Era un transporte armado, de 215 toneladas, cuyo destino habitual era el traslado de tropas y, en ocasiones, realizar tareas de abastecimiento. En 1787 se le asignó la misión de traer plantas del llamado "árbol del pan", desde el Pacífico sur hasta las Antillas. Aun cuando se ha dicho que el *Bounty* iniciaba este tráfico y que su carga era la primera partida de estas plantas, es un hecho que el Gobierno inglés estaba realizando esta operación desde bastante tiempo atrás, con el fin de proporcionar un alimento barato y nutritivo a los esclavos africanos de las Indias Occidentales. El término "ruta del pan" era ya conocido desde 1755 y existía un derrotero, más o menos teórico, entre el Pacífico sur y las Antillas, pasando por el cabo de Hornos. El *Bounty* no tomó esta ruta.

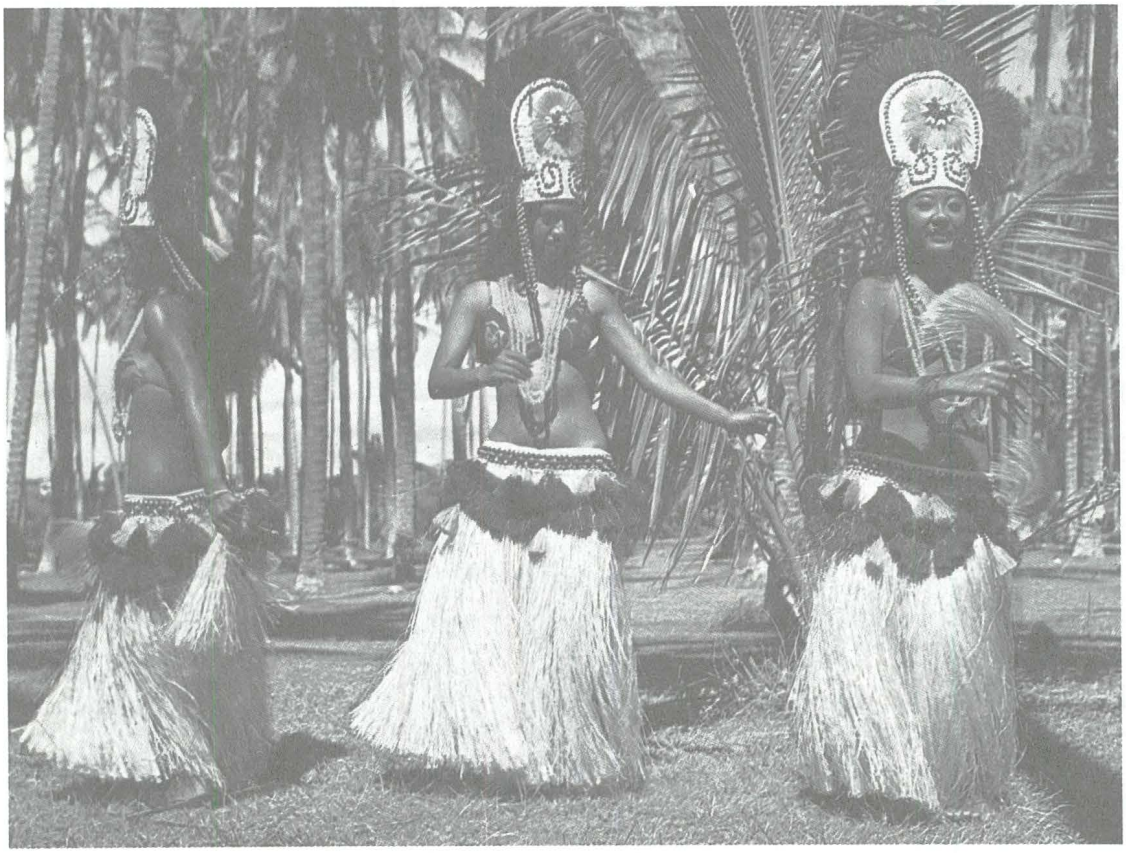


HMS "BOUNTY" (De *Veleros de todo el mundo*)

La operación de trasladar a las Indias Occidentales el "árbol del pan" no era fácil. Cada barco debía embarcar, junto con las plantas, una gran cantidad de agua, que a veces se renovaba con la lluvia y a veces no. Debía, además, proporcionar a los almácigos una atmósfera de humedad, difícil de regular dentro de los medios de la época. Se suponía que dos tercios de las plantas morían en el viaje. El espacio necesario para la carga y el agua obligaba a reducir al mínimo el número de tripulantes, sus víveres y pertenencias. Las condiciones de vida en este tipo de viajes eran mucho más duras que en una misión normal y, por lo tanto, la disciplina debía esforzarse en proporción.

En el año 1787 el *Bounty* fue puesto bajo las órdenes del Capitán William Bligh, un Oficial cuya competencia y espíritu de mando parecen haber gozado de alta estima por parte del Almirantazgo.[2] Se le asignaron tres Oficiales de la misma graduación y se le otorgó la facultad de seleccionar él mismo a su segundo, de acuerdo a la apreciación que hiciese de los méritos y rendimiento de cada cual. El 2 de marzo de 1788, un mes antes del motín, Bligh expidió una orden escrita nombrando como segundo comandante (*master's mate*) al Teniente Fletcher Christian, de quien hablaremos más adelante.

El *Bounty* zarpó del puerto de Spithead el



MUJERES TAHITIANAS CON TRAJES TIPICOS EN UNA DE SUS DANZAS
(De *Gran atlas enciclopédico Aguilar*)

[2] William Bligh nació en el condado de Cornwall el 9 de septiembre de 1754. Ingresó a la Real Armada en 1762. De sus informes se deduce que había navegado el Pacífico antes de comandar el *Bounty*. Sus condiciones profesionales parecen haber sido notables. Después del caso del *Bounty* comandó el *Pandora*, que naufragó en la búsqueda de Christian. Recibió entonces el mando del *Director*, donde debió hacer frente a su segundo caso de sublevación. En efecto, en 1797 el HMS *Nove* se sublevó por un problema de sueldos y la tripulación del *Director* solidarizó con los amotinados. Una vez resuelto el problema, Bligh recibió el mando del *Nove*. En este puesto participó con brillo en la batalla naval de Campedown, en 1797.

En 1801 aparece comandando el *Glatton* en la batalla de Copenhague. En 1805 fue designado Gobernador de Australia. Allí debió enfrentar su tercer motín. El comandante del cuerpo de milicias de Nueva Gales del Sur, Mayor George Johnston, sublevó a sus tropas y Bligh fue arrestado; el Gobierno inglés adoptó severas medidas contra los amotinados.

En 1811, Bligh fue ascendido a Contraalmirante; en 1814 era ya Vicealmirante. Murió en Londres el 7 de diciembre de 1817. Escribió sus memorias. En ellas, el episodio del *Bounty* aparece muy desdibujado. Bligh ingnoraba que sería este hecho el que lo inscribiría en el recuerdo de la posteridad.

23 de diciembre de 1787, con una tripulación de 46 hombres, la que incluía los 4 Oficiales, un médico y un botánico. De estos 46 hombres sólo 11 podían considerarse como "gente de mar", más por su experiencia que por su preparación. El resto era la habitual leva forzosa que se efectuaba en los puertos, en la que se solía incluir campesinos y artesanos cogidos al azar, cuando no vagabundos o borrachos de las tabernas.

El *Bounty* intentó seguir "la ruta del pan" y existe constancia de su paso por Tenerife y la costa africana, hasta enfrentar el extremo sur de América. Rechazado allí por las tormentas que pusieron en grave peligro a la nave, Bligh viró en redondo y se dirigió al este. Después de bordear sin detenerse las costas australes del cabo de Buena Esperanza, de Australia y de Nueva Zelanda, torció hacia el norte, llegando a Tahiti el 26 de octubre de 1788.

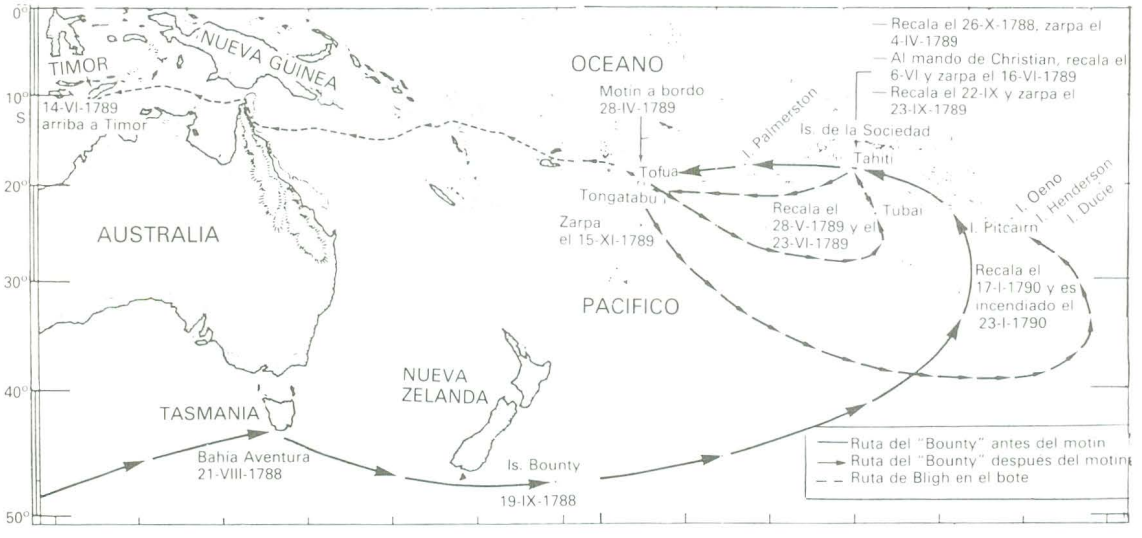
El viaje entre Inglaterra y Tahiti no parece haber tenido otras alternativas que las habituales en una navegación de este tipo y en aquellos años. Es posible que la escasez de tripulación recargara el trabajo a bordo y con ello el rigor de la disciplina. El carácter de Bligh y la aparente inexperiencia de dos de los Oficiales hacen probable que el régimen interno fuera aplicado con una estrictez inflexible, aunque siempre dentro de las ordenanzas. Es preciso recordar que el arresto a media ración, el látigo, la suspensión en las vergas y hasta el famoso "paseo por la quilla" eran castigos habituales en las armadas del mundo en aquella época y no siempre se consideraron como base para una sublevación. El libro de a bordo —cuya copia rehizo Bligh, en la medida de lo posible, en 1790— no revela disturbios ni incidentes extraordinarios que el capitán se hubiese apresurado a consignar. A pesar de las leyendas, los 46 hombres que salieron de Spithead llegaron a Tahiti sin más baja que la del médico, muerto en el Atlántico, aparentemente por sus excesos con el alcohol.

El hecho de que Bligh hubiese resuelto designar a Christian como su segundo, un mes antes del motín, revela que hasta ese momento no tenía quejas de su conducta y que reconocía sus méritos y su capacidad. El ambiente subversivo no parece haber existido, de acuerdo a estos antecedentes, durante el viaje de ida. Todo cambió con la llegada a Tahiti.

El motín

La explicación dada por Bligh acerca del extraño comportamiento de la tripulación durante y después de la recalada en Tahiti no alude para nada la convivencia a bordo. Dice: "La tripulación descubrió en Tahiti una vida más feliz de la que podían soñar en Inglaterra y esto, añadido al atractivo femenino de las islas, fueron, a mi entender, las causas más probables de todo el episodio."

Las libérrimas costumbres morales de la Polinesia de aquellos días, la naturalidad de la vida, la belleza de los paisajes, la abundancia alimenticia y la dulzura del clima deben haber ejercido un efecto dominante sobre aquellos hombres rudos, constreñidos dentro de los severos marcos del puritanismo inglés. La sensación de "ser libres como pájaros", como dijeron en el proceso, y de no estar atados por ningún convencionalismo moral, podría justificar la

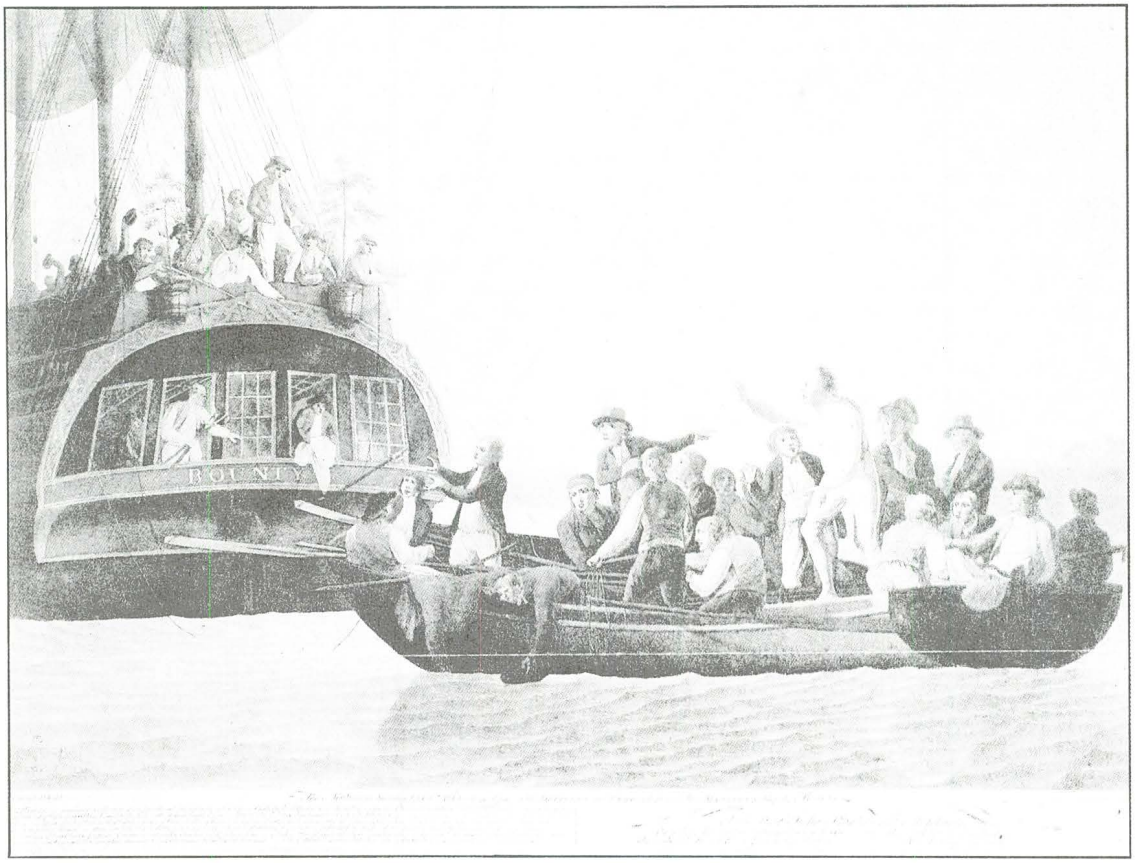


frase de los acusados, de "haber llegado al paraíso".[3]

Bligh tuvo problemas desde un comienzo. La faena normal de la recalada se vio entorpecida por las docenas de embarcaciones que acudieron al encuentro de la nave y por los centenares de isleños que trepaban alegremente a bordo, portando guirnaldas de flores, cestos de frutas y obsequios de conchas marinas y tallas de madera. Hubo que mantener el ojo vigilante con las especies de a bordo, presas de la fácil codicia de los visitantes. El mantenimiento de las guardias dio motivo a reclamos entre los que bajaban a tierra y los que debían permanecer en servicio. Tanto el transporte de las plantas como la aguada del barco fueron lentos y dificultosos.

Pero Bligh superó todo. Permaneció cinco meses en Tahiti y el 4 de abril de 1789 el *Bounty* se dio a la mar, con mil macetas del "árbol del pan" y la provisión de agua para su riego. Las condiciones de vida de la tripulación se hicieron, consecuentemente, más estrechas. El racionamiento se estableció desde el primer día. La nave marcó rumbo hacia Topua, en el grupo de las Tonga, con el fin de ir renovando la provisión de agua.

El 28 de abril el Teniente Christian amotinó la tripulación. No se sabe del detonante de la rebelión. Es posible que fuese algún castigo excepcionalmente duro o un altercado entre el Capitán y su *mate* por los términos del racionamiento. Ambas versiones fueron expuestas en el juicio. Sin embargo, todo hace pensar que la sublevación venía ya preparada desde Tahiti. La tripulación, como lo advirtieron los Oficiales, se había embarcado a desgano. Se detectaron varios agitadores que hablaban abiertamente de "quedarse a vivir en la isla". Algunos marineros debieron ser rastreados en el interior de



EL CAPITAN BLIGH, DE PIE Y COMPLETAMENTE DE BLANCO, ES ABANDONADO JUNTO CON ALGUNOS HOMBRES EN UN BOTE
(Gentileza del autor)

[3] Este choque mental no era nuevo. Casi todas las naves europeas lo habían vivido y lo seguirían viviendo por más de un siglo. La colonización de Samoa y Fiji abunda en ejemplos de este tipo. Willis y Carteret tienen curiosos comentarios al respecto, pues debieron enfrentar numerosos casos de deserción y de indisciplina.

los bosques. Al levar anclas se descubrieron a bordo un muchacho y dos mujeres polinesias que hubieron de ser desembarcados por la fuerza.

No se tiene una versión exacta del desarrollo del motín. Bligh subió a cubierta cuando Christian ya dominaba la nave, de manera que no presenció el altercado preliminar. Al parecer, el Oficial de Guardia intentó resistir y fue aturdido de un culatazo. En el juicio se dio cuenta de un marinero muerto de un tiro y de seis heridos. El hecho es que Christian y 25 tripulantes se tomaron el *Bounty*. El Capitán Bligh fue embarcado en un bote abierto y se le dieron un mástil, una vela, sus propios instrumentos de navegación y víveres para dos semanas. Dieciocho tripulantes le siguieron; dos más, leales a Bligh, no pudieron embarcar por falta de espacio y uno de los Oficiales debió permanecer a bordo por encontrarse herido levemente.

Mientras el *Bounty* regresaba a Tahiti, Bligh y su gente iniciaban la más impresionante travesía que es dable imaginar. Aquellos 19 hombres, apretados en un bote de cuatro metros de largo, casi sin recursos y confiados tan sólo "en la misericordia de la Divina Providencia", navegaron 3.618 millas hasta llegar a la isla de Timor, 41 días más tarde. Durante todo el viaje, Bligh mantuvo la disciplina sin concesiones de ninguna especie. El racionamiento fue aplicado con mano de hierro. Se establecieron turnos estrictos para las guardias y los remos. Bligh llevó un cuidadoso bitácora de cada día. Se oraba mañana y tarde. Se negó a tocar varias islas que se divisaron en lontananza, pese a las precarias necesidades de su gente, porque sabía que estaban habitadas por caníbales. Cuando llegó a Timor, sólo acusó una baja: uno de los marineros heridos en el motín falleció durante una tormenta. Las cualidades profesionales de Bligh deben haber sido excepcionales.[4]

El motín de los amotinados

Christian sabía desde el comienzo que su destino, como hombre y como marino, estaba trazado. Nunca podría regresar a Inglaterra. Notaba, además, que la disciplina que él mismo había quebrado no podría ya invocarse, salvo por la fuerza bruta. Al llegar a Tahiti, los fermentos de la rebelión se hicieron visibles. Un grupo resolvió quedarse allí. De entre ellos, el Teniente que no había podido embarcar con Bligh y otros tres marineros manifestaron francamente su deseo de esperar una nave, regresar a la patria y enfrentar la justicia. Otros resolvieron hacer de Tahiti su residencia permanente. Christian era partidario de marchar fuera de las rutas habituales, tan frecuentadas por las naves inglesas y españolas, y navegar hacia el este, en busca de alguna isla desconocida o de difícil acceso. Nueve hombres resolvieron acompañarlo.

El *Bounty* izó velas meses más tarde, llevando a su bordo a los diez amotinados y a 26 polinesios (6 hombres, 19 mujeres y un niño recién nacido, posiblemente hijo del propio Christian). Su rumbo apuntaba hacia la solitaria isla de Pitcairn. Al llegar allí los tripulantes precipitaron la nave contra los arrecifes de la costa y Christian, después de desmantelarla, ordenó prenderle fuego. Se iniciaba así el gran misterio del *Bounty*.

Pitcairn

Situada a 1.350 millas de Tahiti, a 3.300 millas de Nueva Zelanda y a una distancia similar de los puertos de la América española, la isla de Pitcairn resultaba un refugio ideal para estos hombres sin esperanzas. La carencia de caletas o de puntos de desembarco, la rudeza de sus acantilados y la violencia del mar contra ellos, hacían casi imposible la recalada de naves. Christian resolvió iniciar allí una nueva vida. Se abría un paréntesis de silencio sobre el episodio, el que sólo habría de cerrarse y no del todo, cuando en 1808 el buque norteamericano *Topaz*, al mando del Capitán Mayhew Folger, llegó a Pitcairn en busca de lobos marinos y encontró allí a dos hombres solitarios que le abordaron desde un bote primitivo y en un inglés degenerado le pidieron que les sacara de la isla. Dijeron ser los dos últimos sobrevivientes del *Bounty*.[5]

La historia narrada por estos hombres era una larga saga de desdichas y de crímenes. Según ellos, una vez instalados en la isla,

[4] En el momento que esto escribimos, un *open boat*, réplica exacta del que utilizaran Bligh y sus leales, ha zarpado de Tonga con la intención de repetir la hazaña del comandante del *Bounty*. Lleva a su bordo 6 tripulantes, dos de ellos ingleses y un australiano. Los próximos días nos dirán si esta notable travesía puede ser lograda con éxito en los días que corren... con los medios náuticos del siglo XVIII, como pretenden los actuales navegantes.

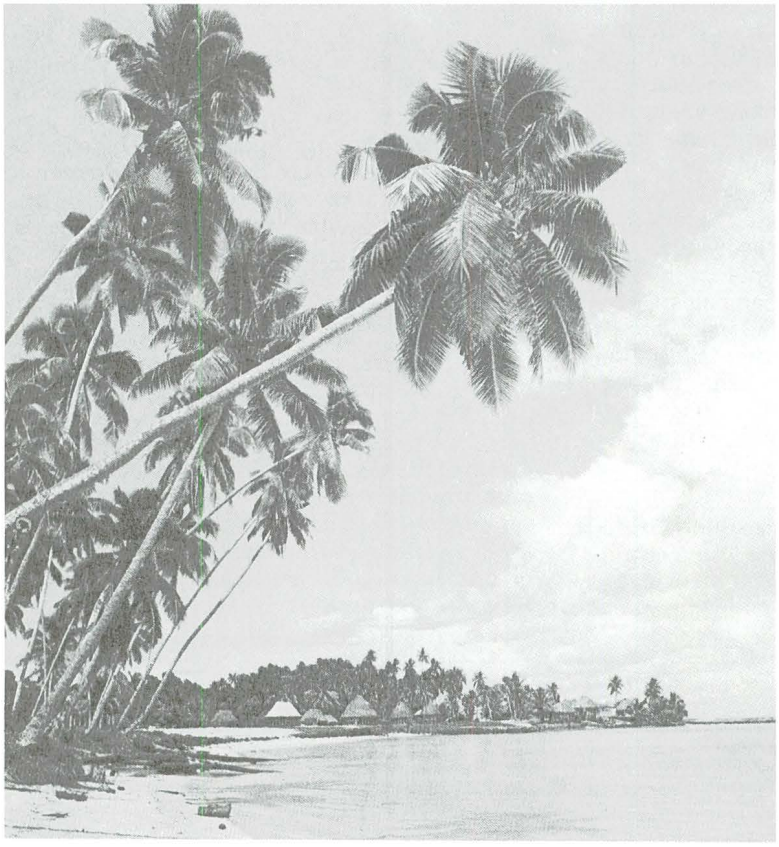
[5] El *Topaz* había zarpado de Boston el 5 de abril de 1807. Pertenecía a la firma norteamericana Boardman and Pope, especializada en pieles de lobo. Cuando el barco llegó a Pitcairn llevaba 140 días de navegación. A pesar que ambos marineros dijeron ser "los dos últimos sobrevivientes del Bounty" ello puede ser efectivo sólo si se refiere a los europeos. En 1808 aún vivían en Pitcairn 30 personas. Folger no desembarcó en la isla.

Christian asumió la actitud de un tirano "que nada tenía que envidiar a Bligh". Redujo a los polinesios a una condición similar a la de los esclavos y dictó normas para la convivencia cotidiana que eran un código prácticamente puritano. Es verdad que construyeron cabañas y cultivaron el suelo, pero la vida en Pitcairn, según los sobrevivientes, "se transformó en un infierno". Siete de los antiguos tripulantes del *Bounty* fueron asesinados y en 1793 estalló una rebelión de los polinesios y Fletcher Christian fue muerto de un tiro en la espalda "mientras cultivaba su jardín".

Al momento de producirse estos hechos, ocurridos en los 19 años transcurridos entre el motín y la llegada del *Topaz*, Pitcairn habría multiplicado el número de habitantes con los hijos nacidos de las mujeres polinesias transportadas por los amotinados. El idioma inglés había sufrido importantes modificaciones y muchas de las costumbres británicas habían sido alteradas por el matriarcado establecido de hecho en la isla.

Pese a que la versión recogida por el comandante del *Topaz* pareciera haber cerrado la historia, en 1809 el propio Capitán Folger aseguró en Estados Unidos haber transportado a Christian, en forma clandestina, desde Pitcairn a Boston, un año antes, guardando silencio "por un sentimiento de piedad". Esta versión fue muy popular en Gran Bretaña y varias personas aseguraron ante los tribunales haber visto a Christian en las calles de Devonport, localidad donde habían residido sus padres.

El novelista norteamericano Nordhoff, que investigó el destino final de los amotinados del *Bounty*, estima que ambas versiones tienen una parte de verdad. Fletcher Christian habría escapado efectivamente de la isla para regresar a Inglaterra, pues habría sido uno de los dos hombres recogidos en el bote. Al denunciar su propia muerte y fingir un dialecto anglo-polinesio, que indudablemente dominaba, el antiguo Oficial del *Bounty* sólo estaba tendiendo un velo definitivo sobre su propio pasado.



PLAYA TAHITIANA CON CHOZAS TIPICAS

La búsqueda y la justicia

Bligh, una vez desembarcado en Timor y repuesto de su notable travesía, viajó a Inglaterra, donde hizo una completa narración de lo sucedido. En esa fecha nada se sabía del destino final del *Bounty* y la idea que recogió entre los tripulantes quedados en Tahiti era que Christian y su gente pensaban dedicarlo a la piratería.

El Almirantazgo entregó a Bligh el mando del *Pandora*, un navío de guerra de excelente manufactura, con la orden de regresar a Tahiti, recoger a los tripulantes del *Bounty* que pudiese haber allí y, de paso, cargar todas las plantas del "árbol del pan" que fuese posible transportar. Entretanto, se acordó suspender el Consejo de Guerra iniciado en Londres, hasta tanto no llegasen los testigos que se suponían en Tahiti.

Bligh llegó a Tahiti en 1792. Encontró allí a cuatro hombres que manifestaron no haberse amotinado y que sólo deseaban regresar a Inglaterra. Uno de ellos era el Oficial del que ya hemos hablado. Los otros, que se negaron a seguir a Christian, se fugaron al interior de la isla para no regresar con Bligh. Todos habían formado familia en Tahiti. Se supo que algunos habían muerto. Bligh arrestó a los cuatro hombres que se habían presentado y los condujo a Inglaterra, engrillados.

Bligh continuó la búsqueda del *Bounty* con una tenacidad que revela un carácter férreo y empecinado. Después de recorrer muchas islas del Pacífico terminó perdiendo su nave en los arrecifes coralíferos de una de ellas y debió regresar a Tahiti, sin pérdidas humanas.

La Corte Marcial escuchó los testimonios de los nuevos testigos y de los 17 sobrevivientes de la travesía de Bligh. Los cuatro capturados en Tahiti fueron condenados a muerte. El Rey indultó al Oficial, restituyéndole su grado y situación, porque todas las pruebas exhibidas parecían coincidir en su inocencia. Las acusaciones de Bligh fueron dirigidas, exclusivamente, a la insubordinación militar y no tuvo referencias a los malos tratos, que, sin duda, sufrió de parte de los amotinados. Su propio informe sobre los hechos es un documento desprovisto de pasiones y con un lenguaje moderado que resulta interesante de leer.

Bligh recibió en 1794 el mando del navío de guerra *Director*, donde fue objeto de un segundo motín, pero esta vez no contra él, sino como parte de una sublevación más amplia y que abarcó a varias naves de la Real Armada. Su prestigio no pareció sufrir con ello, pues en 1797 tuvo el mando de otras naves. Participó más tarde, con brillo, en varias operaciones navales y terminó su carrera como Vicealmirante, rodeado de honores. Murió en Londres en 1817. Su retrato puede verse en la Galería Tate de esta ciudad. Es un rostro plácido y bonachón, muy diferente al descrito por la leyenda.

La estela

El actual Alto Comisionado de Gran Bretaña en Nueva Zelanda, Mr. Robin Byatt, es, al mismo tiempo, Gobernador General de Pitcairn, en nombre de S.M. Isabel II. No conoce la isla. Nos explica que llegar a esta lejana posesión británica reviste especiales complicaciones, porque no tiene ni puerto ni aeropuerto.

Barcos pequeños suelen ir de Papeete a Pitcairn, manteniéndose fuera de los arrecifes. En la isla viven 52 personas, todas descendientes de los amotinados del *Bounty*. El único centro poblado se llama Adamstown.

Esta colectividad tiene un pasado trágico: mezcla de europeos y polinesios, los

CANOA FAMILIAR POLINESIA

descendientes de la gente de Christian formaron en 1790 una sociedad aislada. El idioma se degeneró hasta convertirse en un dialecto fácil de comprender, mezcla de inglés y tahitiano. Sus costumbres y régimen de vida abandonaron poco a poco sus raíces inglesas y polinesias para irse adaptando a la realidad geográfica de su nueva patria. En 1808, cuando aquellos dos marineros abandonaron la isla, existía ya una población formada y la suficiente agricultura como para sustentar a los 30 habitantes existentes, según la estimación de estos testigos. En 1831, una comisión naval visitó la isla y decidió que no existían las condiciones mínimas de vida para los 78 residentes que había en esa fecha. Se llegó a un mutuo acuerdo de despoblarla y la población fue trasladada a Tahiti.

El traslado fue un desastre. Los sistemas de vida de ambas sociedades no lograron avenirse y, para colmo, las enfermedades endémicas de la Polinesia francesa atacaron violentamente a los recién llegados. Un año más tarde, 30 habitantes de Pitcairn resolvieron regresar a su tierra.

En 1855, una segunda comisión naval británica visitó la isla. Vivían ahora en ella 187 personas divididas en 23 familias. Se les propuso trasladarlas a Australia. Veinte años habían hecho olvidar la experiencia anterior y aceptaron marchar. El Gobierno inglés les dio terrenos y habitaciones en la isla de Norfolk, parte de la cual era una colonia penal. En 1860, la mayor parte de los "transplantados" estaba de regreso en Pitcairn.

En el primer censo practicado por Inglaterra en 1930, la población había llegado a 233 personas. Hoy tiene 57. La juventud emigra año a año a Nueva Zelanda, en busca de educación y trabajo. Rara vez regresa.

Resulta curioso constatar que los títulos de dominio invocados por Gran Bretaña para la posesión de la isla se basan en el desembarco de esos amotinados, los que persiguió con saña por todo el Pacífico sur para hacerlos colgar en Spithead, de acuerdo a la sentencia dictada por la Corte Marcial que los juzgó en ausencia. Esta extraña contradicción es la estela del *Bounty*. La historia está llena de ironías semejantes.